

la y Fahr Ed-Daula; les recomendó la union, que había elevado á la familia de Buweih á tan grande altura, y nombró sucesor suyo en sus dominios al mayor Adud, exceptuando la Media, donde debía contentarse con la soberanía feudal, pues dejaba la posesion de Ispahan y de los territorios pertenecientes á esta parte de la Media á Mu'ayid Ed-Daula, y el resto de la Media á Fahr Ed-Daula, como vasallos de su hermano mayor. Pero apenas hubo muerto Ruckn en Rei cuando entre sus hijos estalló la discordia; Mu'ayid, con el beneplácito de Adud, se apoderó de la parte de Fahr, y éste huyó á la corte de Nischapur; pero habiendo muerto Mu'ayid en el año 373 (fines de 983 ó principios de 984), los magnates llamaron á Fahr, el cual desde entonces reinó en la Media, el Tabaristan y el Gorgan todo el tiempo que los tuvo perdidos Kabus, y muerto Fahr, reinaron allí sus descendientes, aunque no sin discordias intestinas. Llamaremos á esta dinastía la línea buweihida de Fahr Ed-Daula.

No habría llegado á existir probablemente esta dinastía á no haber muerto Adud antes de Mu'ayid, porque apenas hubo muerto su padre Ruckn Ed-Daula cuando Adud arrojó á su primo Bahtyar por segunda vez de Bagdad; y habiendo encontrado éste el apoyo del príncipe de Mosul, el hamedanida Abu Táglib, y habiendo sido derrotado y hecho prisionero cerca de Tecrit, Adud le hizo matar. Con Bahtyar quedó destronada la familia de Mo'is Ed-Daula, porque una tentativa que hicieron los hijos de Bahtyar en el año 383 (993) para apoderarse del Farsistan fracasó, y el último de los descendientes de Mo'is que mencionan los autores, después de una vida llena de vicisitudes, tuvo un fin desastroso en Kirman, en el año 391 (1001). Los orientales consideran á Adud Ed-Daula el mas notable de la familia de Buweih; era indudablemente hombre de gran energía, y el único buweihida que reunió bajo su cetro todos los territorios del imperio creado por los tres hermanos primeros, porque Mu'ayid era vasallo suyo. Además conquistó á Mosul, y obligó á los curdos, entre Mosul y Hamadan, que desde bastante tiempo no tenían respeto á nadie, á respetar su autoridad. Tan grande fué su poder, que Sa'ad Ed-Daula, el emir de Alepo y de la Siria septentrional, se reconoció voluntariamente súbdito suyo, si bien esto no pasaba de ser una mera ceremonia sin importancia práctica; los karmatas de Arabia solicitaron su amistad, y los bizantinos, que en tiempo de Mo'is Ed-Daula habían penetrado repetidas veces en la Mesopotamia, no pudieron apartar su atencion de los fatimitas, que entonces avanzaban por la Siria, mientras Adud pudo conservar con estos últimos relaciones corteses sin fiarse mucho de ellos. De todos modos, nada tenia que temer Adud por el lado del Oeste, y en el interior nadie se atrevía á oponerse á su autoridad. El reinado de Adud señala por lo mismo el apogeo del poder de los buweihidas, y para ser justos hay que añadir que este príncipe fué tambien el primero de su raza que hizo siquiera algo para cicatrizar las profundas heridas que las guerras intestinas habían causado en el transcurso de un siglo al Irak. Restauró las mezquitas y otros edificios públicos de Bagdad, donde fundó además hospicios; hizo limpiar los canales y fuentes cegados de las inmediaciones; distribuyó socorros á los pobres, y concedió pensiones á poetas, eruditos, médicos, agrimensores, etc., á fin de fomentar la instruccion y el bien general. No hay que decir que siendo adepto de la religion siita protegió mucho los lugares santos de Nedschef y Kerbelá, donde hizo reconstruir las mezquitas funerarias destruidas por Mutawakkil. Poco duró esta inesperada dicha de los pueblos favorecidos, porque en 372 (983) un ataque epiléptico acabó con la vida del emir. Para mayor desgracia, Adud había dividido su imperio entre sus tres hijos Samsam Ed-Daula. Beha Ed-

Daula y Scheref Ed-Daula, los cuales en seguida se hicieron feroz guerra, hasta que en 380 (990) quedó vencedor y único sobreviviente Beha. Este á su vez, en 403 (1012), dividió el imperio entre sus cuatro hijos, cuyos descendientes continuaron la subdivision y las hostilidades mútuas, mientras al propio tiempo se aumentaban la desobediencia y rebeldía de los jefes turcos y deilemitas. Así fué que la línea buweihida de Beha Ed-Daula no tardó en perder la Mesopotamia y el Irak meridional, cuyos habitantes, en su mayoría beduinos, curdos y árabes, no podían simpatizar con aquellos emires ni con su gobierno.

Después de muchas luchas entre jefes de diferentes tribus beduinas que se disputaron aquella region infortunada, quedó Diyar Bekr en manos de los merwanidas curdos, Mosul en las de los okeilidas árabes; mas adelante los numeir árabes se apoderaron de Edesa; los masyadas árabes se establecieron junto al Eufrates y los dubeis, tambien árabes, en el Irak meridional. En el siglo v (el xi de nuestra era) pertenecia Alepo, conforme ya dijimos en la parte primera de esta obra, á los mirdasidas árabes. Estos emires con sus tribus se hacían constantemente la guerra los unos á los otros, ó mejor dicho, no hacían mas que expediciones de pillaje cada uno á los territorios de los demás, como hacían los señores en Italia y Alemania en la época de la mayor anarquía feudal, sin que ni estos señores ni aquellos emires jefes de tribu se cuidaran lo mas mínimo de la suerte del país ni de la de sus habitantes pacíficos.

Si en el primer siglo que siguió á la ruina de la dominación árabe, los persas demostraron su completa ineptitud para formar un Estado unido y nacional, hay que hacerles la justicia de que en aquel mismo período de su historia desarrollaron su nacionalidad de una manera brillante en el terreno intelectual y de las letras. Denota ya la viva inteligencia, la independencia y energía del genio persa, el hecho de que Abbas, habitante de Merw, compusiera en su idioma patrio una poesía en honor de El-Mamun cuando éste se encontró en aquella ciudad. Esta poesía es la mas antigua en lengua persa que se ha conservado. Los tahiritas y safaridas tuvieron tambien en su corte poetas persas que cantaron sus proezas en el idioma nacional, y en los reinados de los buweihidas y samanidas se manifestaron el genio y el alma del pueblo persa con imponente pujanza. Verdad es que los rudos buweihidas, por lo menos los primeros, ningun caso hicieron ni de la poesía ni de las ciencias; pero eran siitas y como tales admitieron solicitudes en sus cortes á los representantes y doctores del siismo, así como á los del motasilismo, que concordaban con aquellos en muchos puntos doctrinales y sobre todo en el odio á la religion sunnita ortodoxa é intolerante. Ya hemos hablado de la noble tolerancia que en materia de religion practicaban los príncipes samanidas, á cuya sombra benéfica prosperaron las letras y las ciencias y produjo la poesía persa sus primeras obras maestras, tan seductoras por su elevacion intelectual, sus imágenes, sus interesantes y agudos contrastes y sus expresiones finas y acertadas. En el reinado de Nasr II vivió Rudagi, el primer vate de gran estro, cuyas poesías líricas y didácticas han sido sobrepujadas por muy contados poetas posteriores. Este Rudagi trasladó al idioma del pueblo persa los cuentos indios de Kalila y Dimna, que habían sido ya traducidos anteriormente al dialecto persa medio. Contemporáneo de Rudagi fué Dakiki, que brilló en el reinado de Nuh III, y es autor del gran poema épico nacional persa, hecho con arreglo á una narracion muy antigua traducida en tiempo de Safar al persa corriente. Dakiki murió asesinado por un esclavo suyo turco cuando hubo escrito mil versos de su poema, el cual fué terminado por un vate mas grande todavía. No

descuidaron los samanidas el cultivo de las ciencias. Como dice Avicena en su autobiografía, la biblioteca particular del emir Nuh III, cuando él obtuvo permiso para utilizarla, constaba de toda una hilera de salas llenas de libros de todos los ramos científicos y cuidadosamente clasificados, con su catálogo, que comprendía toda una seccion destinada á la filosofía y á las ciencias naturales griegas. Que esta biblioteca no era una creacion nueva, se desprende de multitud de datos, porque al Mansur Ibn Isyak, á quien ya hemos mencionado como gobernador de Rei, dedicó Rasi, el médico mas famoso del Oriente en la Edad media, un manual de medicina escrito en lengua arábica, y el emir Mansur I encargó á Muwafak Ibn Ali, natural de Herat, la composicion en lengua persa de una farmacología. Esta obra es el libro científico en lengua persa mas antiguo que hoy existe. Este afán de trasladar al idioma nacional los frutos de los trabajos científicos de otras naciones dió lugar á la traduccion, ó mejor dicho, al arreglo de la gran crónica árabe de Tabari, que hizo Bel'ami, visir de El-Mansur I, el cual, además, en union de un gran número de sabios teólogos, tradujo al persa el gran comentario del Corán del mismo Tabari, que escribió en Bagdad. El solo hecho de que estas dos obras del erudito árabe, que juntas forman unos sesenta tomos, se hayan popularizado en Bokhara á pesar de la gran distancia que media entre Bagdad y aquella ciudad, y esto en el tiempo de medio siglo y hasta el grado de ser traducidas al idioma nacional, es ya una prueba del gran movimiento intelectual y de espíritu científico que á la sazón reinaba en la Transoxania, y explica el hecho de haber llegado á ser este puesto avanzado del islamismo una de las columnas mas firmes de esta religion.

Desgraciadamente, el fruto de tal movimiento intelectual maduró cuando el pueblo persa, que apenas empezaba á desenvolverse tan brillantemente su genio propio, estaba abocado á un nuevo período adverso.

CAPITULO IV

EL SULTAN MAHMUD DE GAZNA

Muchísimo tiempo hace que la humanidad espera, hasta ahora con poca fortuna, la venida del reinado de todo lo noble; pero mucho mas tiempo hace que va en pos de la bola de jabon de la gloria, y la busca principalmente en la boca de los cañones. En todas partes la carne domina al espíritu, y es del todo inútil rebelarse contra este hecho. Verdad es que cuantos quisieran ser enteramente idealistas (y ¿quién podrá jactarse de serlo?) deben considerar como un consuelo que las obras del espíritu son las mas duraderas del mundo. Admiramos llenos de respeto á Esparta, y por cierto no debemos olvidar sus trescientos héroes, pero al oír el nombre de Atenas corre nuestra sangre mas veloz, y así pienso que será siempre, aunque dentro de poco, según todas las apariencias, no se enseñe ya el griego en los institutos alemanes de segunda enseñanza; y tal vez no esté lejos el dia en que el lustre de una gran ciudad hidrocefálica palidezca ante la tranquila luz que despiden un par de pequeñas poblaciones de la Turingia. Esto, sin embargo, no hace desaparecer la discordancia mencionada; y en vista de la manera de ser del mundo, tal como lo han arreglado los hombres, sin que esto quiera decir que yo encuentre el arreglo cómodo, no puede negarse, aunque se quiera, el hecho confirmado por la experiencia, de que todo aumento de vida intelectual es incompatible generalmente hablando con una actividad enérgica en el campo político. Cuando mas se interesaban los atenienses por Sófocles y Aristófanes

solo cometieron en política estupideces, y cuando estuvo fundado y consolidado el nuevo imperio alemán, sus ciudadanos únicamente encontraron placer verdadero é ingenuo en los escritos de la señora Guillermina Buchholz (1). Esta no es una reconvenccion (por lo menos no lo es para los atenienses); las circunstancias no pueden cambiar de pronto y quizás no cambien nunca. La historia, sin embargo, no puede emplear una ironía mas injusta que la que emplea cuando despues de haber gastado en el servicio de fines ideales una dinastía de príncipes de talento y de mérito, presenta en la escena por efecto de un golpe de fortuna un alférez Pistol que con su espada abre la concha de su Estado y hace pasar por su insaciable tragadero, con la ostra de los bienes materiales, la perla de su riqueza intelectual. Un hombre de esta clase fué el que quitó á los samanidas su imperio y con él su perla, el poeta mas grande del Oriente, Firdusi. Tal fué el que pasa á los ojos del mundo, ó por lo menos á los de la mayor parte de los hombres, por haber sido el dueño legítimo del imperio, el hijo del turco Sebuctegin, el sultan Mahmud de Gazna.

Mahmud ocupa uno de los primeros puestos entre los grandes capitanes del mundo; valiente, arrojado é incansable, político diestro y astuto, nunca renunciaba á sus planes de conquista hasta lograr su realizacion en el momento mas oportuno, ya fuese por medio de negociaciones, ya por la fuerza de las armas, que tenia siempre prontas para arrojarse rápidamente sobre su víctima. Alcanzó sus victorias mas brillantes sobre los príncipes y pueblos no mahometanos, con los cuales no tuvo consideracion alguna, y en todas sus empresas le protegió constantemente la fortuna.

Mahmud cierra el período histórico que todavía nos ocupa y abre el siguiente. La invasion del Asia occidental por los árabes del Sudoeste decidió de la suerte de los países en aquella parte del Asia por tres siglos, y la aparicion de Mahmud determinó una invasion contraria, la de la raza turca, á la cual siguió despues la mogola. A la aparicion de Mahmud debe tambien el pueblo poco numeroso pero robusto de los afganes la intervencion que tuvo en las provincias orientales del islamismo y en la India, donde conquistó para el Islam territorios dilatados, influyendo así poderosamente en la historia de todo el país.

La raza turca, si bien no en masa, figuraba ya hacia tiempo en la historia del mundo mahometano, principalmente por las tropas mercenarias que daba á los califas y que contribuyeron tanto á la decadencia de su imperio. Individuos sueltos, jefes de bandas, habían llegado á gobernar provincias y á hacerse soberanos independientes, como en Egipto; pero en la invasion que se preparaba se derramaron fuera de sus territorios en el Nordeste del Asia tribus y hasta pueblos enteros, contra los cuales fueron insuficientes las fuerzas de los persas y árabes.

Dejamos á Sebuctegin, padre de Mahmud, dueño de Gazna y de las comarcas vecinas desde 366 (977), de donde viene á la dinastía fundada por él el nombre de gaznavida. Desde aquel centro había sometido ya hácia el Sudoeste el país vecino hasta mas allá de Bost y extendido sus expediciones á la cabeza de sus turcos, reforzados probablemente con individuos de las tribus guerreras de Gor, de los puschtus y de las comarcas vecinas del Sedyestan, hasta Lamgan (2), en el Nordeste. Hizo estas conquistas en nombre de su soberano, puramente nominal, Nuh III, por el cual rogaban los fieles en las mezquitas y cuyo nombre figuraba como soberano en

(1) Esto, naturalmente, no tiene la intencion de rebajar el mérito relativo de estos divertidos escritos.

(2) El valle en que está la ciudad actual de Dschelalabad.